

## EL NÁUFRAGO AUTOESTOPISTA

BEN CLARK

Lo más extraño de nacer en una isla es no sentirse inmediatamente identificado con las historias de isleños célebres. He tardado casi treinta años en darme cuenta. El primer libro que leí fue la primera novela inglesa, Robinson Crusoe, en una versión muy simplificada donde no se renunciaba, sin embargo, como pude comprobar en mi adolescencia, a la épica del original. Y, con todo, nunca sentí que aquel isleño a la fuerza y yo, que había nacido en una isla, tuviéramos algo en común. Es posible que, desde un punto de vista objetivo, fueran pocas las cosas que nos unieran; yo era un niño ciertamente mimado al que no le faltaba de nada y él era un joven náufrago al que le faltaba casi todo.

Pero sería fácil pensar que aquel niño, que se asomaba por primera vez al milagro de la lectura, acabaría reflexionando sobre su propia isla y sobre la soledad del horizonte. ¿Por qué no fue así? ¿Por qué no ocurrió después, con La isla del tesoro ni con El señor de las moscas? Nada en estas obras fascinantes me llevó a meditar sobre el carácter siniestro de las islas ni me hizo observar mi hogar con mayor desconfianza.

Más tarde leí Al faro y después, ya en la península, combiné mis severos manuales de estudiante con novedades editoriales muy entretenidas como La piel fría o La isla de la pasión. Y sucedió que, siendo estas dos últimas novelas menos prodigiosas que La isla del tesoro (incluso en su versión simplificada), despertaron en mí una inquietud nueva y extraña. Al regresar por primera vez a mi isla natal, tras haber pasado cuatro meses estudiando en Salamanca, sentí que todo había cambiado. Ahora era isleño, y Robinson Crusoe me acompañaba a recoger la maleta de la cinta, Jim Hawkins esperaba expectante al otro lado de las puertas automáticas y por la noche, al salir a la terraza de la casa de mis padres, observaba el campo oscuro y el resplandor lejano de la ciudad, y me parecía que el bosque de los niños salvajes ardía. Me había vuelto isleño literalmente de golpe y a través de la literatura. ¿Por qué?

Resulta que, en aquel intervalo, había comprobado otro milagro: el milagro de la tierra sin fin, el viaje quijotesco por los caminos que llevaban a ciudades que habían poblado mis lecturas en la isla: Salamanca, Madrid, Barcelona, Sevilla... Como en mi isla el coche era indispensable, me había parecido natural llevarlo conmigo a la península y, una vez en Denia, la comprensión de que era posible conducir a cualquiera de estos lugares, que hasta entonces habían sido sólo literatura, sin otra interrupción que parar a repostar, me provocó euforia.

Aquella revelación y mi convivencia, por lo general pacífica, con los peninsulares han inoculado en mí, a lo largo de los años, la idea de que el raro es el isleño, que lo raro es estar en una isla. Pero no es así. Regreso a aquellas lecturas primigenias y descubro, hoy, que no me sentía identificado porque no me parecía extraño que la trama ocurriera, precisamente, en una isla. Me parecía raro que una persona estuviera sola, sí; me parecía curioso que unos piratas buscaran un tesoro y me parecía temible que unos adolescentes pudieran formar tribus salvajes, pero todo ello ocurría en un lugar absolutamente normal para mí: la isla o, lo que es

lo mismo, el mundo. Porque cabe la posibilidad de que el niño proyectara que el mundo era una sucesión de islas, que en realidad todas las realidades, tal y como él había podido comprobar, eran realidades finitas, abarcables con la mirada y con el pensamiento. Y ahora, claro, ya no es así.

Muchos kilómetros y muchas lecturas después, sé que fui más isleño cuando el mundo era una isla y que, durante aquellos años, no podía, paradójicamente, ser del todo isleño porque no comprendía un hecho fundamental que hoy me resulta obvio: todos los protagonistas de aquellos libros habían llegado, por distintas razones, a la isla y sentían extrañeza, miedo, asombro. No eran isleños y experimentaban los límites de la isla. (Los ingleses venían de otra isla, es cierto, pero no era una isla que se pudiera pensar. No era una isla que se pudiera narrar.)

Haber nacido en una isla tan diminuta me ha convertido, lo entiendo ahora, en un náufrago autoestopista. Recorro la tierra sin fin con extrañeza, miedo y asombro. Adoro por igual a las gasolineras y a las bibliotecas. Leo todos los libros que puedo que hablen de archipiélagos y busco formas de viajar a las islas más remotas del mundo. Pero no consigo recuperar aquella tranquilidad, no consigo aislar aquella tranquilidad. Y es que, con mi amigo Robinson, he acabado por opinar que «el descontento por aquello que deseamos nace de la falta de agradecimiento por aquello que ya era nuestro».